

vobis: charitas enim Christi urget nos. Cuando tenemos algun exceso mental de contemplacion ó de amor, esto es en el trato que tenemos con Dios; y cuando nos acomodamos al trato comun y humano, eso es por respecto de vosotros, y de vuestro provecho. Porque la caridad de Cristo nos aprieta y nos hace fuerza: apriétanos para tener excesos mentales en el trato con Dios; y hácenos fuerza para humanarnos en el trato con vosotros.

Mas porque en este camino del amor vamos siguiendo los pasos del amor que Dios nos tiene á nosotros, consideremos cómo este gran Señor tiene á su cargo el gobierno de todo el mundo y el cuidado de acudir á todos los movimientos y operaciones de las criaturas, segun que lo pide la naturaleza de cada una; pero en la verdad no se distrae con este cuidado, ni se cansa con este trabajo. No se distrae, porque siempre está dentro de sí, y uno consigo. No se cansa, porque siempre está en sí, y así está siempre en el centro de su quietud. Pues el hombre que se halla en este grado, de tal manera debe obrar que no salga de sí; sino que esté siempre en sí y sobre sí, y que traiga todas sus obras á sí, y no se deje ir tras ellas; señor de ellas y de sí, y que verdaderamente pasa en la libertad de los hijos de Dios. Esta alcanzará si estando él unido consigo y con Dios, reduciré á esta unidad la diversidad de sus ocupaciones, no mirando ni pretendiendo en ellas más que una sola cosa, y teniendo las demás por accesorias y de poca importancia; y lo que ha de pretender y mirar, es agradar á la suma bondad, y conformarse con ella, como con la regla y origen de todo lo bueno que hay en nosotros.

CAPÍTULO XVIII.

DEL GRADO CUARTO DE LA VIA UNITIVA.

EL cuarto grado de amor y de union, es reducir á Dios mis perfecciones y virtudes, si algunas tengo, mis operaciones, y á mi mismo, y á todas las criaturas con todo lo que hay en ellas de sér, ó de bondad, ó de perfeccion natural ó sobrenatural. Digo pues que el cuarto grado es saber reducir todas estas cosas á Dios, como á piélago infinito de todo sér y de toda perfeccion y fuente original de perfecciones, que se comunican á las criaturas; y amándolas á todas en él y no en sí mismas; y descansando en él como en mi centro, y no fuera de él, ni en mi mismo, ni en mis obras, ni en el suceso de ellas, ni en otra alguna criatura. Indicio es de haber llegado á este grado, cuando de mis obras y ocupaciones no quiero otro fruto más que haber agradado á la divina Majestad, esto es, que no deseo otro efecto ni otro suceso, ni miro, ni reparo, ni examino otra cosa en ellas, sino ésta tan solamente: si han salido y se han hecho á gusto de Dios; y si hallare que han sido tales (cuando todo lo demás haya sido adverso), esto sea bastante para darme suma alegría, como quien ha conseguido su fin. Porque así como en el primer grado pongo en las manos de Dios todo lo que soy y tengo, para que de ello disponga á su voluntad; y en el segundo me pongo en su presencia, y de allí saco el conoci-

miento de su voluntad; y en el tercero me aplico al trabajo de las obras que son de su voluntad; así en el cuarto despues de ejecutadas, no tengo de tener otra regla, para ver si en ellas he conseguido mi fin, sino ésta tan solamente: si se han hecho conforme al agrado de la divina Majestad.

Para mayor inteligencia de lo dicho se debe considerar, que todas y cualesquiera perfecciones que se hallen en las criaturas, manan y se derivan de Dios, y quedan en él con infinitas ventajas, como en su fuente y original. Porque así como los rayos descienden del sol, en el cual se halla la luz con mayor ventaja, y no se pueden conservar sino unidos con él y pendientes de él; y así como las aguas del arroyo manan de la fuente, en la cual se hallan con más perseverancia y abundancia, como en su manantial y unido con ella, y no de otra manera se conserva el arroyo; así tambien nuestro poder, que es medido y tasado, mana y se deriva del infinito y sumo poder que se halla en Dios; y de la misma manera la justicia, la bondad y piedad y misericordia, y las demás perfecciones que se hallan en nosotros finitas y limitadas, todas nacen de los mismos atributos, los cuales se hallan en Dios sin tasa y sin medida, como en su fuente original. Esto dice nuestro santo Padre en el cuarto punto por estas palabras: *El cuarto, mirar cómo todos los bienes y dones descienden de arriba, así como la medida potencia de la suma é infinita de arriba, y así justicia, bondad, piedad, misericordia, etc., así como del sol descienden los rayos, de la fuente las aguas, etc. Despues acabar refleciendo en mí mismo como está dicho.*

En este punto se da primeramente lugar para la consideración de todas las perfecciones divinas, que es grande incentivo del amor, y para conocer cómo toda nues-

tra perfeccion mana de Dios, y está pendiente de él como los rayos del sol; que es eficazísimo medio para la union. Tambien se da luz para entender cómo ama Dios todas las cosas en sí mismo, y cómo nosotros las debemos amar á todas en Dios. Porque Dios nuestro Señor de tal manera comunica estas perfecciones á sus criaturas, que se queda con ellas; y de tal manera las reparte, que se queda con todas, y las une en sí en una simplicísima perfeccion, que es la original de donde procedieron todas. Y por eso de tal manera ama á sus criaturas, que todas las ama en sí y por sí mismo, y por lo que participan del sér y de la perfeccion que él tiene con infinita ventaja dentro de sí mismo. Y por eso, como dice san Dionisio, revuelve con el amor por modo de círculo á sí mismo. Y nosotros si hemos de amar á Dios con todo el corazon, con toda el alma, con todo el espíritu y con todas las fuerzas, debemos recoger el corazon, y el alma, y el espíritu y las fuerzas que están derramadas y repartidas por las criaturas, y unirlas todas en el Criador, para amarle con todo lo que somos y podemos. Y para esto ayuda mucho este cuarto punto de que vamos tratando, conviene á saber, que toda perfeccion de la criatura se halla con infinitas ventajas en el Criador. Porque, como se dice en el libro de la Sabiduría: «Si los hombres agrados de la hermosura de las criaturas las tuvieron por dioses, entiendan de ahí, cuánto más hermoso será el Señor de todas ellas; pues el que las hizo y las dió el puesto y lugar que tienen, y las leyes y orden que guardan, es el autor y padre de la misma hermosura. Y si se admiran de la virtud y fuerza que tienen para obrar, entiendan que el que las hizo es mucho más po-

¹ Sap. XIII, 3-5.

deroso que ellas. Porque de la grandeza y hermosura de lo criado, puede el entendimiento venir en conocimiento del Criador.» Y por los mismos filos podemos concluir: Que si amamos la sabiduría, la justicia, la misericordia y semejantes perfecciones que vemos en los hombres; ¿con cuánta mayor razon debemos amar á Dios, que es infinito en todas estas perfecciones y en cada una de ellas? Y si es cosa tan natural amar uno á sí mismo, y unirse consigo para su conservacion; mucho más debe procurar amar á Dios y unirse con él, aunque sea menester para esto apartarse y huir de sí mismo. Porque así como la conservacion y el bien del rayo de la luz depende más del sol que de sí mismo, y la conservacion del arroyo más depende de la fuente que de sí mismo; así el bien del hombre más depende de Dios que de sí mismo, porque Dios es la fuente y el manantial del sér y de todo lo bueno. Y de ahí es, que arrimándose el hombre á sí mismo viene á caer; y amándose á sí, viene á perderse; y huyendo de sí y aborreciéndose á sí, viene á ganarse para siempre, como está escrito en el Evangelio¹: «El que ama su alma la perderá, y el que la aborrece en este mundo la ganará para siempre.» Y si á mí no me tengo de amar en mí, sino en Dios; á las demás cosas claro está que las tengo de amar en Dios, y no en sí mismas, como nos lo pide el mismo santo Padre, cuando dice²: *Sean exhortados á menudo á buscar en todas cosas á Dios nuestro Señor, apartando, cuanto es posible, de sí el amor de todas las criaturas, por ponerle en el Criador de ellas, á él en todas amando, y á todas en él, conforme á su santísima y divina voluntad.*

De aquí nace el mirarse uno, no como cosa suya ni

¹ Joann. XIII, 25.— ² 3 p. c. 1, § 26.

de nadie, sino todo de Dios, pendiente todo en su sér espiritual y corporal de aquel piélago infinito de sér y de perfeccion que hay en Dios. Y asimismo mirar todas las criaturas como unas huellas de Dios y señas que él ha dado á los hombres para que le conozcan. Donde resulta tambien mirarlas á todas como si no fuesen, pues verdaderamente son como si no fuesen, comparadas con el sér de Dios. Y de aquí nace tambien no sólo esconderse y desaparecerse y como aniquilarse todas las criaturas, y yo con ellas; sino tambien engrandecerse y levantarse Dios en nuestro conocimiento, no hallando tomo ni firmeza en cosa ninguna, sino en Dios; ni descubriendo en las criaturas cosa que ver, ó que amar, ó que admirar, sino á Dios que resplandece y se descubre en ellas, como un piélago infinito de sér y de perfeccion dentro del cual nadan y se anegan todas, y en el cual están y se conservan en aquella tasa y medida que han recibido de él. Y de aquí nace hallarse el espíritu libre y desembarazado para ir á Dios con toda la fuerza de su intencion y de su amor, porque no halla que amar ni á quien agradar fuera de Dios; pues todo lo que hay en las criaturas, lo halla con infinitas ventajas en Dios. Segun esto, gran cosa es haber llegado á entender con luz del cielo: *Cómo todos los bienes y dones descienden de arriba,* y que hay allá arriba una infinita potencia, infinita bondad y sabiduría y misericordia, y una infinita hermosura, de donde se derivan estas propiedades que tan limitadamente vemos participadas en las criaturas. Y gran cosa es haber descubierto al sol por sus rayos; y guiándonos por el arroyo, haber venido á dar en la fuente; y haber cogido el centro donde se vienen á juntar y unir la mul-

¹ 4.^a Semana.

tiplicidad de las perfecciones criadas; porque allí descansará nuestro amor, sin tener que buscar otra cosa más adelante: y esto será amar á Dios con todo el corazón, con toda el alma, con toda la mente y con todas las fuerzas.

Cuando un hombre ha llegado á este estado, por muy varias y diferentes que sean sus obras, siempre es uno mismo el fin que pretende en ellas. Porque bien pueden ser diferentes las ocupaciones por las diferentes materias en que se emplean, y los diferentes efectos á que se encaminan; pero todas primeramente deben ser tales, que considerados los tiempos, los estados y las personas, ninguna sea contraria á la divina voluntad; y el fin del que las hace siempre debe ser uno mismo, porque cerrando los ojos á los fines particulares, su fin ha de ser solamente glorificar y agradecer á la divina Majestad. Y de aquí es, que aunque mirando los fines particulares de cada obra, nuestras acciones tienen diferentes estados, porque unas veces están al principio, otras al medio, otras al fin, y muchas veces por diferentes estorbos que suceden y contradicciones que se atraviesan, no consiguen su fin; pero mirando á la intencion del que obra, siempre está en su fin: porque en cualquier estado que la obra esté, el que la obra con esta intencion siempre está al fin de lo que pretende, que es agradar con sus obras á Dios; y por eso ningun suceso ni contradiccion puede estorbarle que no consiga su fin. Bien puede ser que se embarace é impida el efecto de sus obras, mas no puede ser que no se haga la voluntad de Dios; y como ésta se haga, él ha conseguido todo el fin que pretende. Y de aquí nace una igualdad y firmeza de corazón indelible. Porque no es combatido de vientos de deseos el que siempre está en el fin y centro de todos los deseos;

imitando el estado de la patria, cuanto sufre la condicion de este destierro; y gozando la seguridad del puerto, cuanto sufre la inconstancia y peligros de la navegacion. Y tanto sufre esta navegacion y este destierro de firmeza y de seguridad, cuanto alcanza de conformidad con la divina voluntad. Por lo qual pedimos en la oracion del Padre nuestro ¹: «Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo.» Y así como la conformidad con la divina voluntad, causa en el cielo seguridad, paz y firmeza; así tambien la causa en la tierra, cuando la divina voluntad se hace en la tierra como se hace en el cielo. Y porque los que llegan á este estado no tienen otro cuidado, sino hacer la voluntad de Dios en la tierra con la perfeccion que se hace en el cielo; así no tienen otro deseo, sino salir de la tierra y entrar en el cielo, para suplir las faltas que hacen en la tierra, quanto al cumplimiento de la divina voluntad. Ninguna cosa los detiene para esto; ninguna hacienda tienen empezada que no la tengan tambien acabada; siempre están á punto y concluidos sus negocios para cuando Dios los llamare, y muy semejantes á los siervos que están esperando á su señor para abrirle luego que llamare á la puerta.

¹ Matth. VI, 10.